



(4) en portada

Para ti, lector,
lectora, con todo
cariño

Ana María Matute

Ana María Matute vuelve a Mansilla

TEXTO: Ricardo Mora de Frutos

Penetrar en la obra y en la personalidad de Ana María Matute es adentrarse en un bosque conformado no solo de palabras, sino de mil matices de vida. El bosque, al que volvía una y otra vez como imagen de una realidad natural, se erige en metáfora de un mundo personal que mucho debe a una infancia marcada por la enfermedad y por la permanencia en la sierra riojana, su "Artámila", durante largos periodos. Allí, donde ahora reposarán sus cenizas, Ana María Matute descubrió el paisaje y el alma humana, con todos sus esplendores y miserias.



Fotografía: Pablo A. Mendivil



Quienes han conocido a Ana Mari, la de la Fundición, en los últimos años, sin duda tienen la imagen de una mujer absolutamente entrañable, con su voz lánguida a la par que contundente, y un gesto amable que transmitía placidez y humanidad confortables; de una suerte de reina de las nieves, con su cabello blanco y sus ojos vivos donde se refugiaban,

Ahora que ha decidido dejarnos solos, tenemos que acudir a su palabra escrita, para entender tantos aspectos de la psicología humana

y no se escondían, mil sentimientos, vivencias, picardías y cicatrices de una vida plena, cuyas palabras siempre reflejaban, bajo capas de ternura, una contundencia y una claridad de posturas que fascinaban tanto como apuntaban hacia el otro lado del espejo, lleno de enigmas.

Quienes han leído la obra de Ana María Matute, además, han convivido con una niña que miraba en la distancia las miserias de su entorno; con una joven que se aprestaba a escaparse de la burguesía a la que pertenecía para contar las intimidades que pocos se atreven a revelar; con caballeros medievales que, desorientados, iban en busca de quimeras tan reales como nuestra vida, saliendo casi

siempre sin fortuna; con una galería de personajes, en fin, tan ficticios que parecían reales. Y, entre ellos, la propia Ana María, una escritora reconocida por haber retratado, desde una óptica tan ajena a las convenciones, un mundo de fantasía y realidad que se daban la mano y en que la belleza y la crudeza se hermanaban sin saber dónde acababa una y dónde la otra.

Ahora que Ana María Matute ha decidido dejarnos solos, sin su ayuda, tenemos que acudir a su palabra escrita, llena de emociones, cálida y triste, para entender tantos aspectos de la psicología humana que ella, magistralmente, supo plasmar. Pero, para hacerlo de manera segura, hemos de tener cuidado para no caer en las trampas de un camino de baldosas quebradi-



Quien espere encontrar en sus libros la dulzura que algunos prejuicios les suponen, recibirá un impacto notable

zas. Por ello, quizá la mejor forma de conducir a la lectura de su obra es decir, como en el cuento, “no hay que fiarse de las apariencias”: es la manzana que, lejos de dormiros cien años, nos abrirá los ojos a conocer la crueldad del ser humano.

UNA ESCRITORA AL MARGEN

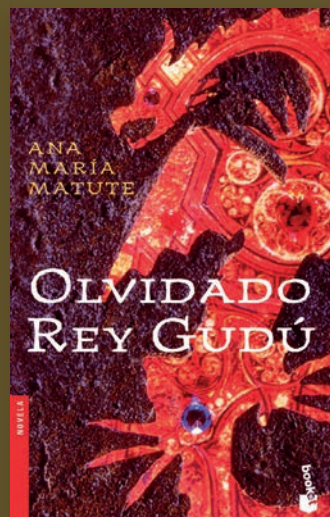
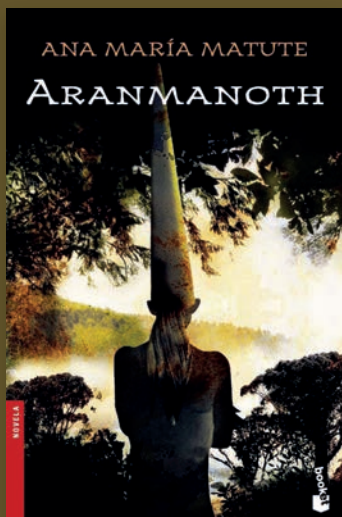
Y es que Ana María Matute es una de esas figuras inclasificables de nuestra literatura reciente: su propia presencia, tanto como su obra, unían la afabilidad y la lucidez con una profunda reflexión sobre la naturaleza compleja y cruel del ser humano. Por ello, quien espere encontrar en sus libros –desde el amargo *Los Abel* hasta el recentísimo *Demonios fa-*

miliares– la dulzura que algunos prejuicios les suponen, recibirá un impacto notable.

La belleza de las palabras, la búsqueda de las metáforas más cuidadas y una adjetivación sublimada hasta el punto de que Delibes dudaba en considerarla un defecto o una virtud –¿es que la realidad solo puede ser trazada a golpe de martillo y no de cincel?–, no enmascaraban la verdadera esencia de su prosa, tildada de faulkneriana por ser capaz de dar cabida a toda suerte de recursos con el fin de enfrentarnos con la mezquindad y abrirnos los ojos, negándonos la posibilidad de la inocencia. La aparente sencillez de sus tramas encierra cargas de profundidad que dinamitan, sin escrúpulos, esa superficie delicada y hermosa.



Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes 2010.



Sin duda, ese logro, que se escapa muchas veces de los parámetros de la crítica literaria, tiene que ver, más que con una técnica, con una vida conformada por un cúmulo de experiencias que conducían, sin remedio, a cobijarse en la palabra para protegerse del odio y del desamparo: cuenta Gustavo Martín Garzo cómo una Ana María muy niña descubrió que la llamita azul que salía de un terrón de azúcar al partirlo le llevó a olvidarse del castigo que la tenía recluida en un oscuro cuarto. Por ello, la función de la literatura, de la imaginación, será fundamental para poder sobrevivir a la propia vida generando esos chispazos.

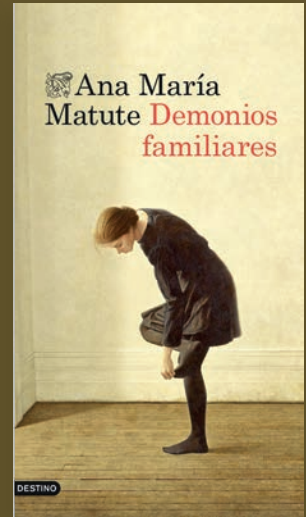
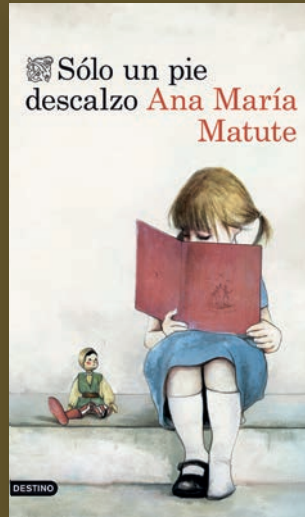
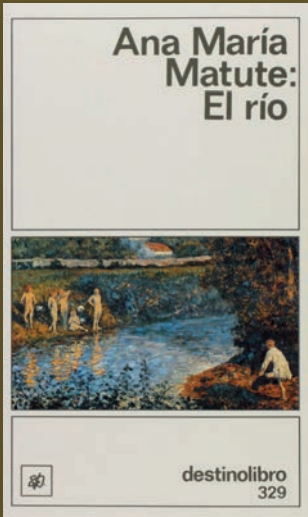
Ana María Matute lo tenía clarísimo: la clave de la literatura estaba en la autenticidad. No concebía un texto sin un lector que estuviese dispuesto a dejarse llevar por el mundo que recreaba, y ella era la primera en exigírselo a

Ana María Matute lo tenía clarísimo:
la clave de la literatura estaba en la
autenticidad

sí misma a la hora de escribir. Como señaló en alguna ocasión, solo distinguía dos clases de libros y escritores: los buenos y los malos, pero el lado de la balanza al que se inclinará el fiel dependerá del grado de autenticidad, de fidelidad a sí mismos.

Todo ello justifica una obra que está marcada por un permanente salirse de la corriente: el álveo del río queda, en una metáfora que se antoja inevitable, desbordado, pues ni los cauces del realismo social ni los de la neofantasia se adecuarán para definir qué hallaremos dentro. No en vano, Ana María Matute se ha declarado siempre “un francotirador”.

Así, el crítico José María Castellet define su estilo “tan brillante como peligroso”. Tanto es así que la obra de Ana María Matute tuvo que vérselas con las nada inocentes manos de la censura de la época: el caso más significativo es el de *Las luciérnagas*, cuya aparición en su forma original se demoró más de cuarenta años. El censor, con inteligencia y sagacidad, acertó a calificar la obra como “destructora de los valores humanos y religiosos esenciales”. No se le escapó la acerba crítica que venía envuelta



en un canto de esperanza, donde el amor se alza como una pequeña luz entre los horrores de la guerra.

Lo más importante será siempre la autenticidad y el sentimiento, capaz de traspasar personas y épocas, para apelar directamente a la sensibilidad humana. Por ello, seguramente, siempre consideró la poesía, que nunca cultivó

pero que insufló en sus relatos, como el género más conmovedor, donde se halla la esencia de la literatura.

UNA ESCRITORA RIOJANA

Una vez más, acudimos a la imagen fluvial para certificar que Ana María Matute se sale de la corriente: en este caso, de la de los autores con los que, sin éxito, ha tratado de ser

Mansilla años 50.





Abandonar la niñez es abandonar la paz. Cuando el niño se haga adulto, asumirá el mismo rol para dedicarse a hacerle perder su inocencia a los que lo son. Es el ciclo de la vida

asimilada. Ella misma reconocía que existe una relación intensa y cercana con los autores de la denominada generación de los 50 (Carmen Martín Gaité, Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio Aldecoa,...), pero solo en lo personal y no en lo literario. Sabía que su mundo y su estética eran tan intrasferibles como distantes de los de estos compañeros de camino, y ello se debe, en cierta manera, a la desconfianza permanente en un ser humano que ha tenido que dar su niñez como peaje para entrar en un territorio hostil, el de los adultos.

El planteamiento encierra una paradoja: el niño no es, por desgracia, un ser marcado por la inocencia. Los adultos, que también fueron niños, se han encargado de arrebatarla porque el entorno se la arrebató a ellos, y ya no les queda más que seguir hacia delante por tan tortuosa senda.

Así, entendemos la angustia de Tontina, la princesa de *Olvidado rey Gudú*, cuando se enfrenta al salto sin retorno entre las dos edades; así, entendemos a Adriana, la protagonista de *Paraíso inhabitado*, cuando se construye su propio jardín del Edén que acaba donde acaba el rinconcito de su casa y ha de ir al colegio; así, entendemos a todos esos “niños tontos” que son capaces de hacernos sentir un escalofrío cuando, con ternura infinita, nos clavan la realidad por la espalda renunciando a dar el salto.

Por eso, no podemos dejar de asociar a Ana María Matute con una infancia llena de recovecos y que nos asusta por lo que esconde,

lo que ella descubrió en Lewis Carroll o en Andersen, cuando los niños aún eran capaces de ser niños –con sus virtudes y defectos– y no solo proyecciones de pedagogía buenista.

Con esa premisa, es inevitable que uno mismo, al crecer, comprenda que el causante de su propia rendición no se encuentra en el espacio, en el otro, sino en el tiempo, en lo que uno fue. Cuando en *La trampa* (1961) la protagonista se plantea escribir un diario para conjurar la angustia, su “primera memoria”, sus primeros recuerdos, la miran con reproche: “¿Qué has hecho conmigo?” No posee imágenes de su infancia, pero sí la conciencia de que el paso del tiempo es el que ha acarreado su actual desazón. Y es que abandonar la niñez es abandonar la paz (o viceversa). Cuando el niño se haga adulto, asumirá el mismo rol para dedicarse a hacerle perder su inocencia a los que lo son. Es el ciclo de la vida.

Sin necesidad de acudir a las recurrentes palabras de Rainer Maria Rilke, quien postulaba que la patria del poeta es su infancia, ni a las docenas de trabajos que han analizado pormenorizadamente el peso de la infancia en la obra de la escritora, (A este respecto, existe un certero artículo de Óscar Robres Medel, “La memoria anegada: el regreso a la infancia de Ana María Matute” en *Escritoras y pensadoras europeas*. Sevilla, ArCiBel, 2007, pp. 577-584, que sintetiza de manera encomiable la relación entre la infancia de la autora y el pueblo de Mansilla) nos bastan las páginas que ella misma dedicó a explicar que “la naturaleza es



Fotografía: Pablo A. Mendivil





Lectura pública de sus textos. 4 de julio de 2014.



cruel como los niños, es cruel por naturaleza”, y que ese axioma lo aprendió a la vera del río que devino pantano en la sierra de La Rioja.

Casi siempre se asocia Mansilla y las largas estancias de la autora jugando en sus parajes como un momento de felicidad, donde se esfumaba el fantasma de la enfermedad. Allí, quedaba convertida en una excusa para volver a la vida, olvidada en cualquier rincón del bosque, y la niña de ciudad descubría que había otra forma de vivir cada instante. Los paseos, los bailes, las aficiones, siguen intactos en la memoria viva de las gentes del lugar, que atesoran con razón cuanto de su corazón dejó allí Ana María Matute.

Sin duda era ese lugar el punto de encuentro con una felicidad ausente en la maraña deshumanizada de Barcelona, pero también un lugar donde descubrir descarnada la crueldad del ser humano primitivo, anclado a la tierra, bondadoso y noble, suspicaz y embrutecido, capaz de usar la naturaleza a su provecho y donde

ella podía ser tanto el cazador como la presa. No cuesta imaginarse a Ana María como la Maisie del relato de Henry James, observando impertérrita una realidad que la superaba, pero que acabaría incrustándose en su corazón para forjar, a tierra y fuego, su compleja personalidad.

A Mansilla, a las Artámilas, dedicó Ana María un buen puñado de hojas: una *Fiesta al noroeste* que da categoría mágica a un suceso luctuoso; unas *Historias de la Artámila*, donde desgrana pequeñas vivencias cotidianas; un *El río*, que recoge sucesos y reflexiones sin el tamiz de la ficción. Pero, no hay duda de ello: las Artámilas recorren toda la literatura de la autora, desde el Hegroz de *Los Abel* hasta el mundo que sucumbe anegado, confundándose el agua con las lágrimas, de *Olvidado rey Gudú*.

CONCLUSIÓN

Quienes conocieron a Ana María Matute en sus años de infancia y juventud, no olvidan la muchacha delicada capaz al mismo tiempo



Homenaje póstumo junto a la ermita de Santa Catalina.



de triscar por los bosques y de asustarse por la vida cotidiana del entorno rural; saben de su inteligencia para relacionarse con un medio ajeno y, al mismo tiempo, de su carácter solitario y frágil; saben cuánto le debe a esos veranos riojanos toda una obra, toda una vida.

Por ello, siempre quedará en el debe la concesión de la medalla de las artes de La Rioja a Ana María Matute. Y ello no lo impide el hecho de que la autora catalana fuera solo circunstancial y periódicamente riojana, porque su infancia fue siempre su patria y a ella volvió una y otra vez, en persona y en obra.

Ahora, haber devuelto al viento de la sierra las palabras de nuestra escritora nos hace soñar con que estas se mezclen en su vuelo con las cenizas que adornarán el suelo, la margen, la corriente, que la vio formarse como mujer, como escritora, como Ana María Matute.

Siempre quedará en el debe la concesión de la Medalla de las Artes de La Rioja a Ana María Matute

[+INFO]

El lector interesado podrá encontrar la antología de textos vinculados con el bosque y con Mansilla leídos con motivo de su homenaje en el próximo número 7 de la revista de arte y literatura *Codal*, que aparecerá a final de año.